

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO V

SAN JOSÉ, COSTA RICA, NOVIEMBRE DE 1912

NUM. 24



ORDEN DE LA ESTRELLA DE ORIENTE

POR el Representante de la Orden, don Rafael de Albear, han sido nombrados para toda la extensión que abarca la Sección Cubana de la S. T., los siguientes Secretarios Organizadores:

EN MÉXICO

Para los Estados de Tamaulipas, San Luis, Aguas Calientes, Zacatecas, Territorio de Tepic y demás Estados, hasta la frontera Norte, al señor A. F. Gerling.

Para los Estados de Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Veracruz y demás Estados, hasta la frontera Sur, á la señora Lucía Carrasco.

EN CENTRO AMÉRICA

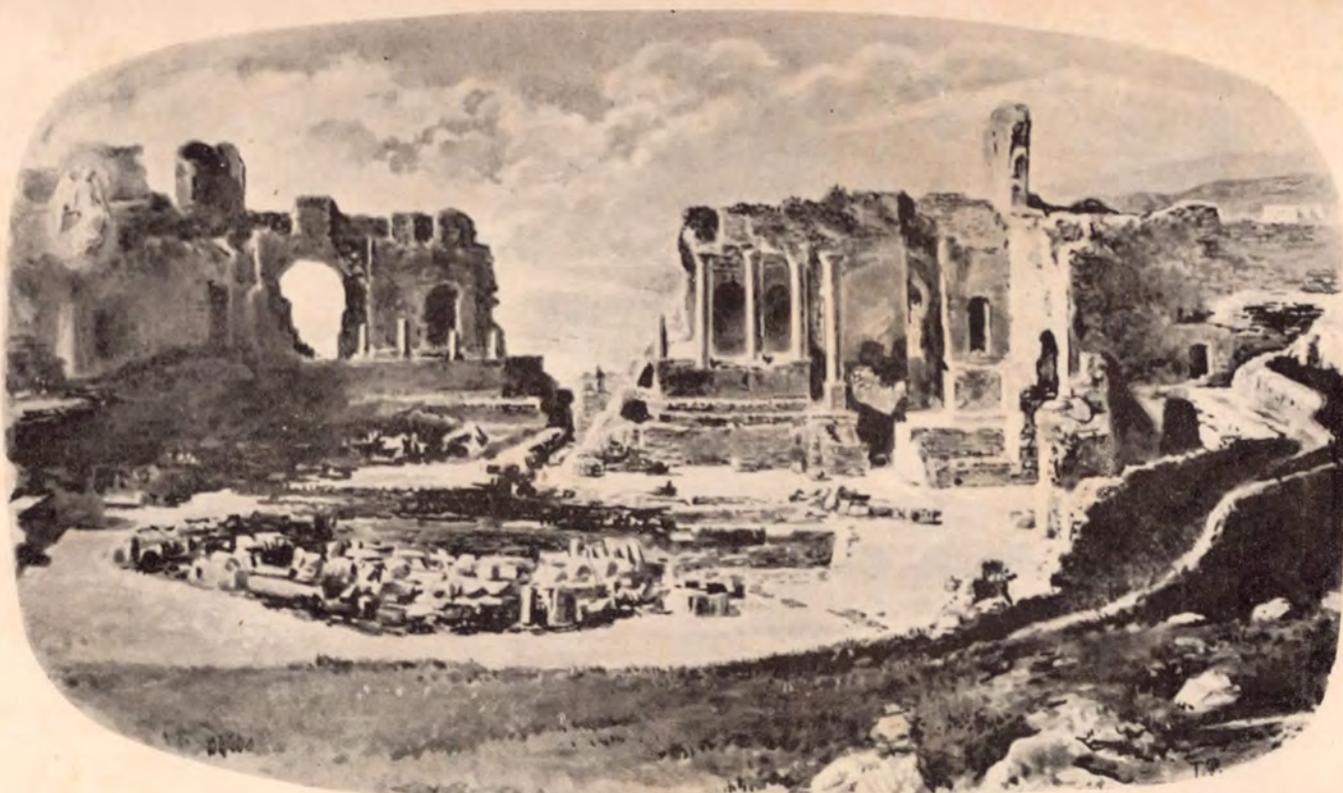
Para las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras y Panamá, al señor Tomás Povedano, el cual, con la autorización correspondiente, ha nombrado Secretario Auxiliar á Mr. Walter J. Field.

Traducción de un extracto del editorial de Mrs. Annie Besant,
en *The Theosophist*, de agosto de 1912.

ME alegro mucho de estar libre, al fin, para hablar de lo que hemos estado haciendo en los últimos meses pasados.

Fuí obligada á buscar cierto aislamiento, para llevar á cabo un trabajo de orden oculto, de vital importancia, y no pude, consecuente con mi deber, dar explicación alguna hasta que éste se hubiera finalizado. Había tratado de hacer mis arreglos para ello en Kashmir, y después en Ootacamund, pero no pude conseguir la soledad necesaria, y la seguridad de estar libre de interrupciones.

Por esto, siendo tan breve el tiempo de que disponía, determiné apresuradamente buscar en Europa lo que no podía encontrar en la India. Una no podía menos de sonreír, aunque con tristeza, al leer los supuestos motivos de mi «fuga» y mi «ocultamiento»: divertida, al ver como estuvieron tan lejos de la verdad; con tristeza, porque algunos fueron tan listos para sugerir motivos malos y torcer acciones inocentes, de modo que parecieran justificación de sus gestiones. Solamente informé á dos personas de la verdadera razón de mi ida: Una de ellas fué el padre de mis dos pupilos, el cual convino



TEATRO GRIEGO DE TAORMINA

Acuarela arreglo de un grabado de "The Theosophist"

en que me los llevara á Europa, y la otra fué la señorita Arundale. Fuera de éstas, no avisé á nadie, pero dí como único motivo para mi aislamiento el hecho perfectamente verídico de tener que escribir libros. Como encuentro que, donde quiera que me vaya, la gente me sigue, pidiendo *interviews* é información, y como la quietud y el aislamiento eran esenciales, confié el nombre del lugar donde iba á permanecer únicamente á la señorita Bright, y á algunos bondadosos amigos italianos, quienes no me hicieron pregunta alguna sobre el particular, limitándose á dar dirección á mis cartas. Encontramos hogar provisional en Sicilia. Como nuestros hostiles propagaron la teoría—cuando supieron donde estaba—de que escogí la Sicilia porque sus leyes en lo criminal son distintas de las de otros países civilizados, me valí de la ocasión en Palermo é inquerí á este respecto. Nada sabía yo sobre el particular, pues las leyes de un país, en lo criminal, no es asunto de que generalmente se preocupa uno. Al inquirir por medio del cónsul inglés, cerca de la autoridad principal en Palermo, resultó que el aserto era enteramente falso: una fabricación meramente maliciosa. Bien podía decir un Maestro de aspirantes á discípulos: «Deben entrar al mundo nuestro, del mundo vuestro». El verdadero motivo de la selección se encontrará adelante.

Sicilia es una de las más lindas islas del mundo, y Taormina es, quizás, el más bello lugar en ella. La aldea se anida entre grandes cerros de origen volcánico, que la cercan por todos lados, dejándola abierta solamente al azul mar Jónico. Detrás de ella se eleva un gran peñasco, coronado con las ruinas del viejo Acrópolis: sobre otro de los cerros guardianes se encuentran las ruinas de un teatro y de un templo Griegos, y un

fragmento del pavimento queda aun, sobre el cual se colocaba Pitágoras para enseñar á los Griegos de la colonia de Naxos—sentados en el declive, fijos en sus palabras—su deber al Estado como ciudadanos. Cerca del lugar consagrado por sus pies está enterrado uno de los talismanes sembrados en Europa por Apolonio de Tyana; uno de los siete centros de fuerza oculta hechos por él para uso futuro en conexión directa con el Poderoso Ser que blande el Vajra de cinco rayos.

Estas son las cosas que para el Ocultista, santifican á Taormina, señalándolo como lugar apropiado para su santo trabajo, de tanto alcance, porque es uno de los lugares sagrados donde el magnetismo de la Hermandad Blanca es potente, y donde toda la naturaleza se estremece armoniosamente al acorde de la vida más alta.

No hace muchos años que fué reforzado, y ligado á nuestro centro Indio en Adyar por uno de los inquebrantables lazos que pertenecen al mundo oculto. No es, pues, extraño, que hubiésemos sido guiados allá por tres meses de vida aislada, para una labor que añadiera nuevo vigor á la Sociedad Teosófica, y abriera nuevas avenidas por las cuales fluyera la fuerza de la Hermandad para la ayuda de los hombres.

Los esfuerzos heroicos y solitarios de esa noble Mensajera de la Logia Blanca, Helena Petrovna Blavatsky, rinden cosecha de ricos frutos hoy, y jamás debemos olvidar en estas horas de creciente luz, á quien le debemos su amanecer; quien trabajó abnegadamente en las horas frías y oscuras antes del día, no viendo casi el fruto de todos sus sacrificios, de toda su dedicada vida. A ella, como también á Aquellos que la enviaron, deben nuestros corazones la más honda gratitud, en tanto disfrutamos lo que ella sembró, y recogemos la

cosecha de la tierra arada por ella. Si hoy la Sociedad Teosófica está fuera de la posibilidad de ser destruida es porque fué nutrida por la sangre de su corazón: por eso le damos las gracias.—Gracias á nuestro gran Guía,— en esta pequeña aldea Siciliana dos más de los hijos de los hombres pasaron por la puerta que se abre únicamente para adentro, la Estrecha Puerta que admite á la Vía Angosta que conduce á la Vida Eterna, y que dos más, ya sobre esa Vía, pasaron por otro de sus Portales. Este espléndido aumento de fuerza se demostrará en el progreso acelerado de nuestra amada Sociedad, en su vida y vigor aumentados. No es de extrañar que todas las dificultades posibles fueran puestas como obstáculos á la consumación de esta tarea, y que todo esfuerzo se hiciera para perjudicar aquellos de cuya fuerza y estabilidad de propósito dependía el aspecto humano de la misma. Pero «más grandes son los que están con nosotros que los que están en nuestra contra» y los carros de fuego cercaron la montaña, como en otras ocasiones, guardándola contra los huestes asaltantes. En el otoño de 1911, la tarea fué determinada; la primavera y primera parte del verano de 1912 la vieron consumada. Muchas tareas iguales deben llevarse á cabo en los años de preparación que tenemos delante, para que cuando el Maestro de los Maestros aparezca entre nosotros una guardia adecuada de Iniciados pueda saludarlo y servirle durante su estadía en el mundo físico.

Pero que no suponga nadie que esta gran obra pueda hacerse entre la paz mundana, sin lucha y sin alboroto. ¿Qué les importa á aquellos en cuyos corazones mora la Paz Eterna, y á quienes, entre las aberturas de las nubes de la tempestad, pueden ver el brillo de la Estrella?

Muchos se extrañan de que, en estos días, hablamos tan abiertamente de cosas que por tan largo tiempo han estado envueltas en el misterio.

No hubo silencio acerca del gran hecho de la Iniciación y de Iniciados vivientes en el mundo antiguo: los Rishis anduvieron entre los hombres en la India, visitaron las cortes de los Reyes, y no se trataba de secreto alguno respecto á sus personas: lo mismo ocurría en Egipto y en Grecia: los detalles de los métodos fueron siempre resguardados, pero los resultados fueron conocidos. Y así duró por muchos miles de años.

El asesinato del Cristo hizo necesaria una nueva táctica, y la sombra de aquel asesinato ha obscurecido al mundo desde que fué efectuado. Las persecuciones que se empezaron al aceptar el Estado al Cristianismo hicieron conveniente el silencio aun respecto á las doctrinas, cuyo conocimiento conducía á la Iniciación, y el haber hablado de los hechos de la vida oculta habría constituido, no solamente sentencia de muerte,—lo que habría sido poca cosa,—sino que habría sido, totalmente inútil al mundo,—cosa muy importante.

De aquí que la táctica del silencio fué adoptado por unos mil quinientos años. Este silencio fué interrumpido desde 1875 por H. P. Blavatsky, la que muy abiertamente, habló de uno ó dos de sus discípulos—tales como Damodar—que hubo alcanzado la meta.

Ahora, las doctrinas de la Sabiduría Antigua se están haciendo familiares, se aceptan ampliamente en su propia forma, y se han infiltrado en las enseñanzas religiosas por doquiera.

Las teorías del Ocultismo son conocidas: los hechos de la existencia del Sendero, de los Maestros, de la Jerarquía Oculta, son familiares á los oídos del público,

y ya no son recibidos con el ridículo: nuestra tarea ahora es la de traer ese público otra vez al antiguo y sosegado reconocimiento del hecho adicional de que estas cosas suceden ahora, así como sucedieron hace 1000 ó 10,000 años antes de Cristo, y de que hay hombres y mujeres vivos que son Iniciados, y que andan por la tierra como anduvieron antiguamente. Se hará mofa y ridículo de estos precursores de la hueste venidera. Se les tildará de engreídos y pretensiosos. No les importará, porque todas las flechas que se rompan sobre sus pechos se embotarán, y quedarán menos para herir al Instructor venidero. Cuantos más puedan familiarizar al público con la idea, por medio de sus propias personas, menos escéptico y asombrado será ese público cuando El aparezca. Ni tienen por qué preocuparse cuando son «despreciados y rechazados por los hombres» porque uno más grande que ellos corrió idéntica suerte.

«Basta al discípulo llegar á ser como su Maestro, y al siervo como su Señor».

(Traducción de Mr. Walter J. Field)

* * *

La Logia Blanca y sus Mensajeros

(Conferencia pública dada por ANNIE BESANT,
P. S. T., en Adyar, el 1º de enero de 1911).

BI, retrospectivamente pudieseis mirar más allá de los períodos históricos; aún más allá, á través de las nieblas de las leyendas y de los mitos, retrocediendo hacia la obscuridad del pasado, á donde aún las tradiciones y los mitos no alcanzan; retrocediendo aún más allá, á la remota noche de los tiempos, á los comienzos de la humanidad *como humanidad*, en nuestro globo: entonces veríais descender una brillante nube de oro, iluminando la tierra desde un planeta muy lejano, desde el planeta que os es conocido como Sukra, y al que nosotros los de Occidente denominamos Venus. Desde ese planeta, allá muy lejos en el espacio, va llegando una nube brillante, una nube de fuego y luz, y al ir descendiendo por entre el aire ambiente, en tanto que las nubes del cielo se dispersan y disipan á su llegada, la nube de fuego desciende suavemente sobre la tierra y cual si fuera un enorme Pájaro Celeste, se posa sobre una isla,—la Isla Blanca como se la llama en los Puranas, la isla en que más tarde fué construida la sagrada Ciudad de Shambala. Es allí á donde la nube de fuego vino á situarse; es allí donde los Seres gloriosos que tuvieron nacimiento en ella descendieron como en un carro de fuego: Son estos los Hijos del Fuego, los Señores de la Llama; Ellos vinieron á este planeta como los Mensajeros del Logos, del Ishvara mismo; vinieron como Auxiliadores de nuestra humanidad infante, á guiar sus inseguros pasos al recorrer la senda de la evolución.

Muchos nombres se han dado á esta Raíz de la Logia Blanca

por la humana reverencia y por la admiración humana, para expresar algo de la vida maravillosa de que estaban animados esos poderosos Seres. En los Puranas se les llama los cuatro Kumaras, los Jóvenes Vírgenes; á veces se designan Shi'va Kumara y en ocasiones con otros nombres; sus calificativos en este caso no significan nada, puesto que aquellos sobrepujan todos los nombres que la humana lengua puede modular. Desde aquel tiempo tan remoto, quizá hace unos diez y seis millones de años, han habitado Ellos la que fué la Isla Blanca y que hoy constituye una parte del desierto de Gobi; una isla que fué en un tiempo bañada por un gran mar que se extendía hacia al Norte confinando con el Océano Ártico. Ese mar se secó cuando ocurrieron las poténtísimas convulsiones que transformaron también un mar del Africa en desierto del Sahara, y en su lugar se extiende el hoy desierto de Gobi; pero esos despojos de arena se encuentran interrumpidos por los restos de una arquitectura ciclópea que floreció allí hacia unos cincuenta mil años ó más; fragmentos de templos destruidos, magníficos aun en sus ruinas, y cerca de ellos una ciudad que hoy se halla sepultada bajo las dunas de arena y que se conectaba con la isla por medio de un puente maravilloso extendido á través de una corriente que desde hacía tiempo había desaparecido entre las arenas del desierto. Es, pues, á Estos, que fueron los fundadores de la Logia Blanca, á quienes se refieren los anales ocultos, comparándolos con el Tronco del Propagante Baniano ó Arbol de Higuera, y en verdad que ningún símbolo podía ser más gráfico ni más exacto. Mirad alrededor del Majestuoso árbol bajo el cual estáis sentados: en el centro veréis un enorme pilar que ha ido ensanchándose lentamente desde que el árbol comenzó á desarrollarse; desde este tronco central veréis como se extienden grandes ramas que alcanzan muy lejos, y que, de vez en cuando, de estas ramas descienden otras raíces que se afianzan en el suelo que queda bajo ellas y que constituyen un nuevo centro para el perenne crecimiento del árbol. Así, el Centro de vida del mundo, es igual al tallo central del Baniano, y las ramas de gran alcance son como las ramas de la Jerarquía oculta que miran tal Centro como su raíz, su propia casa; así también de vez en cuando éste proyecta, por decirlo así, nuevas raíces sobre la tierra, y una nueva religión es fundada y un

nuevo centro de vida espiritual se establece en la tierra. De esta manera, propagándose siempre más y más, volviéndose cada vez más vigoroso, el gran árbol de Higuera de la Logia Blanca extiende sus ramas por todo el mundo, y las naciones de la tierra encuentran refugio bajo su sombra, generación tras generación.

Tal fué el maravilloso comienzo, tal es el fundamento de la gran Logia Blanca, Gufa y Guardián de la Humanidad. Luego, de igual modo que las naciones se fueron desarrollando una tras otra, constituyéndose las familias en tribus y las tribus en naciones; así, como copias en miniatura de aquel Centro, se fueron estableciendo en un continente y otro, centros de civilización é instrucción.

Avanzad hasta llegar á la lejana Atlántida, que hoy el Atlántico cubre con sus olas, pero que en aquel entonces constituía un poderoso continente; en ese continente existía una gran ciudad, capital del extenso Imperio Tolteca, la ciudad de la Puerta de Oro. Allí gobernaba el Emperador Blanco, hijo de una dinastía divina, y allí, los Mensajeros de la Logia desarrollaron esa prodigiosa civilización que aun no ha sido todavía sobrepujada sobre la tierra. A medida que seguís la propagación de esas ramas que vienen de aquel Centro, vereis la formación de reino tras reino, de imperio tras imperio. El Egipto con su maravillosa civilización, brotó, según declara Bunsen, completamente formado al escenario de la historia sin ningún pasado que lo explicase, como Palas Athenea de la cabeza de Zeus. Mirad el vigor con que Egipto fué edificado, de tal manera que los ingenieros modernos se sienten maravillados ante sus ruinas y se preguntan cómo los hombres de la antigüedad levantaron las piedras que coronan los gigantescos pilares de sus templos; ved su instrucción, la «sabiduría de Egipto», su gloriosa civilización, sus dinastías divinas, sus Pharaones pre-arianos, su raro conocimiento de los mundos invisibles y su ciencia del mundo visible. Mirad desde la Atlántida hacia el Oeste en vez de al Este y contemplaréis un imperio en donde hoy se halla México luchando—una reproducción de Egipto,—ya antiguo cuando los aztecas lo destruyeron. Mirad en la América del Sur, el cadáver de una antigua grandeza, en donde las últimas hermosas reliquias de una exquisita cultura fueron destruidas á sangre y fuego y holladas por las

plantas de las invasoras hordas de España. Y si volveis los ojos hacia la Península Indica en aquellos días en que era reciente el levantamiento de los Himalayas, cuyos majestuosos picos se confundían con el azul del cielo, veréis extenderse hacia el Sur de sus bases, la tierra que, emergida del fondo del océano, forma una inmensa masa de pantanos, intransitables é inhabitables para el hombre; cuando estos se desecaron y quedaron las tierras drenadas por los ríos, revestidas de vegetación y aptas para ser habitadas por el hombre, las inmensas huestes toltecas las invadieron atravesando por los pasos de los Himalayas y se diseminaron por las llanuras indias; construyeron espléndidas ciudades y erigieron grandes fortalezas; produciendo una espléndida civilización: la civilización conocida en los Puranas como la de los Daityas, quienes se hundieron en la decadencia y dan paso á la ola invasora más joven y más viril de la raza aria, «los bárbaros de gran nariz, procedentes del Norte».

Así, pues, echando una ojeada á esta historia que os parece tan remota,—y que en verdad lo es mucho,—cuál es el hecho sobresaliente que se destaca en la de cualquier imperio en que fijéis vuestra mirada? Es el de que, su espléndida cultura, su maravillosa arquitectura, su dominio sobre las fuerzas naturales, provienen todos de los Reyes Divinos, quienes fundaron y reglamentaron las naciones, y cuyas grandiosas figuras se destacan gigantescas á través de las nieblas del tiempo; Ellos eran los Enviados de la Logia Blanca para modelar la civilización del mundo infante. No fueron salvajes quienes construyeron aquellos gigantescos edificios, cuyas ruinas, aunque mudas, hablan en alta voz de los genios arquitectónicos que las erigieron. No fueron salvajes quienes construyeron las ciudades de Caldea que se han venido desenterrando, la una bajo la otra;—ciudades que yacían olvidadas entre las sombras del nebuloso pasado y sepultadas bajo tierra, antes de que otra ciudad se levantase en el mismo sitio.— En la más baja de éstas, á gran profundidad bajo la superficie del suelo, se han descubierto en grandes galerías, librerías repletas de millares de volúmenes que relatan los pensamientos, las leyes, la ciencia, etc., de aquellos que vivieron en tan lejanamente remotos días. No fueron salvajes quienes en Europa, en una época muchísimo menos remota, levantaron las

enormes piedras de Stonehenge, equilibrándose esas raras piedras que se balancean, con tan hábil precisión que el dedo de un niño puede mecerlas, y que sin embargo el empuje de un gigante no es capaz de volcarlas—testigos tangibles de un pasado que desapareció hace mucho tiempo, elocuentes con su silencio de largos siglos de una ciencia que hizo de ellas lo que son. China va siendo, poco á poco, explorada; y aun cuando es todavía desconocida para el viajero occidental casi en toda su enorme extensión, me han sido contadas por un viajero que penetró mucho en su interior, ocupándose de investigaciones geológicas, algunas de las maravillas que él observó en esa antigua tierra: cuenta de un puente cuya edad nadie podría decir, construido de enormes bloques de mármol, tan grandes, que él, un americano familiarizado con el dominio de las fuerzas mecánicas en su país, (y en esto los americanos son tenidos hoy como los primeros) no podía ni aun siquiera formarse una idea de cómo esos bloques habían sido colocados en donde se encontraban y ajustados tan bien en esa estructura. En uno de los antiguos libros de la China que ha sido traducido al inglés, conocido bajo el nombre de *Clásico de Pureza*, una de las más delicadas joyas de la literatura china que se ha traducido, os encontraréis una tradición muy significativa que vino desde el Oeste transmitiéndose de boca en boca, y que sólo fué consignada por escrito por Ko Hsuan, quien dice: «Yo la obtuve del Divino Gobernante de la Hva oriental; él la recibió del Divino Gobernante de la Puerta de Oro, y éste la recibió de la Divina Madre del Oeste». El nombre de «Ciudad de la Puerta de Oro» se dió más tarde á las ciudades capitales después que esta admirable metrópoli, jalón en la historia, fué conocida bajo tan llamativo título, pero aún la menor y más reciente de estas capitales de la Atlántida Media, era ya antigua cuando nació la antigua Grecia, y la larga tradición transmitida de milenio á milenio demuestra cuán profundamente se había grabado la impresión de su gloria en las mentes de las generaciones.

Siguiendo el curso del tiempo, en la época de la Quinta Raza, hija de la cuarta, nos encontramos que iguales cuidados se dice que rodearon su fundación y su niñez; que Reyes Divinos velaron por élla y que Divinos Maestros la instruyeron, pues que sabemos de un Augusto Legislador, conocido por el nombre de Baivasvata

Manú; de un venerable compilador de las escrituras del pueblo, conocido por el nombre de Vyasa; sabemos de otros muchos Rishis, conocidos bajo diferentes nombres, que aparecen de tiempo en tiempo, generación tras generación, trayendo siempre alguna misión, enseñando á las gentes de esos días como habfan enseñado á las anteriores; y los escritos indus nos hablan de los Reyes Divinos. ¿Qué corazón indú no se inflama con reverencia, con admiración y devoción, cuando de la nación sánskrita se destaca brillante la espléndida silueta de Shirí Rama, el Monarca Ideal, el Hijo Ideal, divino en su naturaleza, majestuoso en su gobierno, perfecto en su condición de hombre, Legislador y Rey?

Y así también en otras épocas, no solamente en la India, sino también en otras tierras en donde se marcaron las huellas de la Raza Aria, la cual se extendió por el mundo. Todas ellas llevaron consigo el recuerdo de los Reyes Divinos; todas ellas hablan de Divinos Maestros, de fundadores de sus Creencias; todas ellas hacen relación de poderosos héroes, de semidioses que los rigieron y los enseñaron en sus primeros días. La tradición universal da testimonio de los días en que los dioses se codeaban con los hombres, los gobernaban y los instruían y eran los grandes Ideales que aun ahora sobreviven para encantar y fascinar el corazón del hombre. Considerad que la Realeza ejerce todavía su asombrosa magia aún sobre las naciones que se jactan de ir á la vanguardia de la civilización y que se vanaglorían de su propia ilustración; considerad si el título de Rey se conservaría tan sagrado y querido,—á despecho de muchos que lo han mancillado y ultrajado, á despecho de muchos que lo han manchado y oscurecido,—á no ser que la memoria de otros Reyes, divinos en su amor y sabiduría, divinos en su poder y justicia, no hubiesen dejado esa estela de luz sobre los hombres, al punto que aún nos es amado el título de Rey, que aún nuestros corazones se inclinan reverentes ante quienes llevan la corona. Si pudieseis daros cuenta de cuánta vaciedad hay en lo que se habla en contra de la Realeza, y cuán fútil es el intento de rebajar el ideal que reina en los corazones de las naciones; si quisieseis comprender cuán débil y mezquino es lo que se dice en contra de ellos, no tendríais más que retroceder tan solo unos pocos años, al tiempo en que Victoria, Reina y Emperatriz, cruzaba las calles de Lon-

dres para ir á la Catedral de San Pablo á rendir gracias por los muchos años que había élla empuñado el cetro del Imperio, y al ver las calles atestadas de hombres y mujeres venidos de todas partes de ese Imperio; y en ese homenaje de las naciones, en esas grandes oleadas de simpatía, de amor rayano casi en adoración, que surgían á su alrededor en este siglo de frío positivismo, os convencerías de que la Realeza es algo más que una conveniencia constitucional, algo más que su aceptación por un Parlamento; que en realidad de verdad un Rey gobierna por derecho divino y que es el símbolo de un poder divino entre los hombres, y de que esa tradición ha provenido de naciones gobernadas por Reyes que fueron en verdad

«LOS DUEÑOS Y SEÑORES DE TODAS LAS COSAS».

Y no hablo de los Reyes como de los únicos Mensajeros de la Logia Blanca, sino también de los Maestros, de los fundadores de las religiones del mundo; pues la religión es de origen divino y las continuas investigaciones del hombre en busca de Dios atraen una contestación de esa gran Logia Blanca, que es el centro de la vida divina en la tierra. Porque, ¿qué es la Religión? Ella no es conjunto de fórmulas que puedan aprenderse de memoria para practicarlas por rutina; no es cierto número de ceremonias que los sacerdotes puedan practicar para que el pueblo las contemple; ni tampoco son los libros sagrados; no importa, cuán nobles, cuán inspirados y preciosos sean; la Religión es el grito del espíritu humano invocando la Vida de donde él viene, es el llamamiento del pequeño yo, perdido entre las brumas del mundo, al supremo Yo, del cual es imagen; es el impulso del corazón humano en busca de Dios, expresado en las palabras del poeta hebreo: «Así como el corazón sediento va en busca del arroyuelo, así mi alma va sedienta en tu busca, oh Dios!» Es la inextinguible sed de la humanidad por lo divino, la cual nunca puede ser apagada, á menos que el hombre beba el agua de la vida en la comprensión de Dios.

Las muchas religiones del mundo no son sino las contestaciones de los Hermanos Mayores á las almas-infantes explicándoles lo que es la Vida Eterna y dándoles en lenguaje de niños tanto como una alma juvenil puede abarcar. Y así, de tiempo en

tiempo, cada vez que la Raza Madre se ramifica y envía sus hijos á lejanas tierras incultas y desiertas, para convertirlas en lugares fértiles habitables y bellos, para construir una nueva nación, entonces la Logia Madre no se olvida de esos hijos despojados de su vecindario físico; sino que envía tras ellos un Mensajero, uno de los de mayor jerarquía, á fin de darles el antiguo mensaje de la eterna y siempre joven Verdad, revestida con el ropaje que más se adapte á las necesidades de su época.

Quando el segundo renacimiento de la Raza-Aria, fué enviado á Arabia y Africa y en su viaje hacia el Sur fundó un gran Imperio en el Africa Meridional, encontramos en Egipto y en comunicación con los guías en Arabia, al Mensajero á quien el Egipto dió el nombre de Thoth, á quien Grecia más tarde le dió el de Hermes, quien revistió su misión con el simbolismo de la Luz. En la casa central se le había enseñado á la raza que el Yo es uno, «la personalidad en el Sol» y que todos los yoes eran rayos de ese Sol. La misma idea fué llevada á Egipto por Hermes, pero la simbología fué entonces la de la Luz. Decía Él, pues, que la Luz habita en el cielo y sin embargo encuentra su morada en cada corazón humano, que la Luz que se halla sobre nosotros en el cielo es idéntica á la Luz que hay dentro de nuestro corazón, y que una vez que el hombre haya visto la Luz en su propio corazón puede entonces alcanzar á mirar á lo lejos y verla por donde quiera, en el cielo y en la tierra. El mensaje permanecía siendo la antigua enseñanza, pero en la nueva forma el mensaje hablaba de la Luz, cuando en la época anterior había hablado del Sol. Y en otra ocasión, cuando una subraza partió á formar el poderoso imperio de Persia—que duró desde el año 30,000 al 2,000 antes de J. C.—el mismo gran Mensajero estuvo allí, 27,000 años antes de la era cristiana, para enseñar á los fundadores del imperio y hacer sonar la nota de una Fé que aun se conserva en nuestros días. Le vemos á Él, entonces, revistiendo la Verdad una con el ropaje del Fuego. El Fuego, el más puro de todos los elementos; el Fuego, el purificador de todos los demás. El Fuego, el divino Fuego del altar; el Fuego, el Fuego Divino en el corazón del hombre. Zarathustra fué el Mensajero del Fuego, trajo Fuego del cielo, y cuando Su Misión hubo terminado fué envuelto por una nube de Fuego y arrebatado de la vista de los hom-

bres; pero el Fuego que Él encendió no se ha extinguido aún, y su pueblo todavía recuerda la palabra de Fuego; pues ningún Fuego nuevo puede ser prendido en el Templo del Fuego por un Zoroastro posterior, á menos que el Fuego relampagueando desde el cielo haya encendido llama en la tierra; muchos Templos del Fuego han esperado por años que el relámpago haya descendido de las nubes á incendiar algún árbol, de manera que el Fuego celeste puede reunirse con los fuegos reunidos de los corazones humanos. De este modo se mantiene aun todavía fuerte la tradición que viene desde el tiempo en que el brazo extendido de Zarathustra compelió al Fuego á que descendiese del cielo á encender la leña apilada en el altar sobre el cual estaba de pie.

Tenía aun que establecerse otra nueva civilización, civilización que estaba llamada á dominar el pensamiento europeo, la civilización que dió á Europa la literatura que todavía se esfuerza ella por copiar, la belleza que aun procura reproducir. Grecia, en los días de su gloria, elevó monumentos tan exquisitos que los genios modernos y la moderna destreza tan solo procuran copiar aquello que no podrían tener nunca la esperanza de superar; Grecia fué la cuna de filósofos tan grandes que todavía todas las grandezas europeas las constituyen los hombres de Platón; y los modernos pigmeos miran con asombro esa gigante figura, cuya cabeza descuella tan por encima de su raza. Grecia es la maestra de la civilización europea, cuya maestría, aun en nuestros tiempos es indisputable. Cuando esa rara nación carecía aun de edificios, cuando ese pueblo sin rival comenzaba á establecerse, vino entonces á la antigua Grecia el mismo Augusto Mensajero, pero ahora llega como Cántico. Antes había Él hablado en Luz y en Fuego, y como Orfeo habló entonces en Música, en música tan deliciosa que los Devas se congregaban para oirla; música tan maravillosa, producida por su propia magia y por medio de un simple instrumento, que todos se consideraban indignos de tratar de reproducir tan melodiosos tonos; música de voz, también, tan cautivadora, que la Naturaleza parecía detener su aliento para escucharla en un raptó de deleite; tan exquisitas eran las melodías que Él cantaba, tan poderosa la magia que les había infundido. Lo mismo que en Egipto fundó Él los grandes Misterios que mantuvieron encendida la antorcha de la sabiduría por muchos millares de años; lo

mismo que en Persia fundó los Misterios que preparaban los Magos; así en Grecia fundó Él los Misterios Órficos que fueron la fuente de todas las escuelas ocultas de la Grecia; á los Misterios se llegaba por medio de las Escuelas de Pitágoras, de las cuales decía Platón que habían modelado las grandes intelectualidades de la Grecia, de donde derivó la Sabiduría que alimenta la Europa.

Trascurrieron los tiempos más y más, hasta que alborcó el día en que se habló en el mundo de un Mensajero aún más augusto y, en el Norte de la India y de una familia de Reyes, nació un Niño. En torno de Su Cuna se congregaron los Devas, regándola de flores, entonando himnos al Divino Nacimiento, contemplando á la Madre con el Niño, á la Madre cuyos brazos servían de cuna á la Esperanza, á la Luz del Mundo. El Niño fué creciendo y pasando de una deliciosa niñez á una noble juventud, de una juventud noble á una perfecta virilidad, sin que ninguna pena del mundo hubiese venido nunca á afectar su corazón ni á nublar su vista. Llegó entonces un sollozo del mundo á desgarrar Su oído; entonces, en medio de los enfermos, de los muertos, de los ancianos, el grito de la humanidad vino á herir su corazón, y en una apacible noche, una noche en que todo era bendición, Él se inclinó sobre su dormida Esposa y su soñoliento Niño; alienta sobre ellos su ósculo de eterna bendición y despedida y, cortándose con su filosa espada la propia undosa cabellera, despojándose de sus reales vestiduras y devolviendo su caballo favorito, Él que era *Sidarta* y que iba á ser el Buddha, emprendió su solitario viaje, cuyo objetivo era la salvación del mundo. Mucho tiempo buscó y mucho sufrió; ensayó muchos medios y ninguno de ellos le condujo al fin que se proponía; estenuado, débil, agotado, que parecía un esqueleto, encorvándose hasta el suelo, habiendo ensayado la austeridad hasta el colmo y encontrado que no daba resultado, recibió de manos de una doncella unas pocas gotas de leche que renovaron sus desfallecidas fuerzas; continuó entonces su camino para completar su obra, para encontrar la Luz que habría de brillar en Él, y por Su medio sobre el mundo, en Él, que fué el primero de nuestra humanidad en escalar el altísimo pico de la montaña del Budato. Fué á sentarse bajo el árbol de Bodhi, siendo allí asaltado por todos los poderes del mal, tentado por el lloroso semblante de su esposa y los lamentos de

Su Hijo, hasta que la Luz brotó en Él, hasta que sus ojos fueron abiertos, hasta que vió la causa de las penas y el medio de que cesasen las aficciones; entonces los Devas Le rodearon, y Brahma, el Creador del mundo, le pidió que dedicase á ello la Luz que había encontrado. Después de algunos días se levantó y fué cerca de la ciudad de Benarés y allí comenzó á darle vueltas á la Rueda de la Ley, y trajo la Luz de la Vida á los hombres. Desde entonces, por muchos y largos años, sus benditos pies hollaron las llanuras y bosques de la India. Su arrobadora voz llevó el conocimiento al ignorante y la tranquilidad al afligido, hasta que se despojó de su último cuerpo mortal y se elevó á las alturas de los mundos supra-celestiales para derramar desde allí Sus inapreciables bendiciones sobre la humanidad que Él había glorificado, elevándola en Sí mismo á Sabiduría y á amor ilimitados.

Su obra como Mensajero de la Logia Blanca había concluido, puesto que Él se había elevado á ese punto en que nadie podía ordenarle reaparecer nuevamente, y entonces Él cedió su puesto de Supremo Maestro á Su querido Hermano, quien por millones de años había transitado el Sendero á Su lado, á quien nosotros conocemos como el Señor Maitreya, el futuro Budha de Compasión. Vosotros conocéis el Gran Rishi que se menciona de cuando en cuando en los Puranas Indus, en el *Mahabharata*, aquel Ser poderoso, de carácter tan suave y dulce como grande es su poder. Llegó el tiempo en que Él debía manifestarse en todo el esplendor de Su Amor, en todo el poder de Su sin par ternura, al mundo á cuyo servicio se había consagrado; y, en el pequeño país de Judéa, entre la menospreciada nación de los judíos vino á nacer. La veneración le dió el nombre de Cristo, el Ungido del Señor, pero está escrito en el Evangelio Cristiano: «*El compareció ante El mismo y El mismo no fué recibido por Sí mismo*». Si bien es cierto que las Escrituras no dicen que tales palabras hayan salido de Sus divinos labios; aun cuando Su corazón, todo amor, congregó á su alrededor por corto tiempo al veleidoso populacho, sin embargo aquellos mismos que Lo aclamaban con regocijo, pocos días más tarde pedían á veces su muerte y mataron aquel Ser Divino. Tan solo por tres breves años pudieron tolerar Su presencia; tres breves años tan solo pudo Su gloriosa ternura brillar sobre un mundo indigno de Él, al cabo de los cuales mataron Su cuerpo, y

Él, rechazado por el mundo, tornó hacia aquellos que son en realidad de verdad Él mismo, á la Gran Logia Blanca que Lo conocía y Lo reverenciaba.

Muchos otros Mensajeros menores han venido desde entonces para acá: no ha habido un nuevo impulso que se haya dado al mundo que no provenga de algún Mensajero de la Logia. Ellos no vienen tan solo por la religión; aun cuando esta sea su obra más perfecta y sublime; sino que vienen siempre que el hombre ha menester de enseñanza y auxilio. Tales son los Profetas, los Científicos, los Guerreros y los Maestros, quienes vienen trayendo luz y fortaleza: Hunyadi, Paracelso, Bruno, etc., cuyos nombres forman una legión. Muchos Rishis han venido á esta tierra de la India y todos ellos proceden de la única Logia Blanca: muchos grandes Maestros religiosos han surgido en el Oeste, Mensajeros de la Logia que es el Corazón del mundo.

Cuando la Europa se hallaba sumida en las tinieblas, cuando la luz de la Grecia había sido amortajada, cuando la ignorancia envolvía su pueblo, cuando la Iglesia se había convertido en el verdugo en vez del guardián de la sabiduría, y los sacerdotes dejaron de ser los portadores de la luz; entonces fué que, separándose de Europa, vino [un Mensajero de la Logia Blanca, á quien conocéis como el Profeta de la Arabia, el Profeta Mahoma, á encender nuevamente la lámpara de la sabiduría. Sus rayos se esparcieron sobre el mundo occidental, pues su obra no fué tan solo de enseñar la unidad de Dios á las depravadas y belicosas tribus de su país natal; había que llevar á cabo una obra superior á la conquista por la espada, una obra más grande que el Imperio que fundaron sus prosélitos. Islám trajo nuevamente el conocimiento al mundo occidental; Alí, el yerno del Profeta, reunió á su alrededor á hombres ávidos de ciencia, que levantaron las tradiciones de la Grecia y fundaron escuelas y universidades. De los labios del Profeta salió aquella aseveración que marca una etapa: *«La tinta del sabio es más grande que la sangre del mártir»*. Y la tinta del sabio se empleaba en Arabia en tanto que la espada del guerrero conquistaba á Turquía. La instrucción se iba extendiendo á medida que iba cesando la fuerza. Tras los conquistadores vinieron los sabios, los maestros de las ciencias, los astrónomos, los filósofos, los matemáticos y los arquitectos. Estos apare-

cieron en España bajo la bandera del Profeta, y debido á ellos toda Europa fué á la escuela. Es á Islam á quien la Europa debe su gran despertar. Fué Islam quien trajo á Europa los tesoros de la ciencia, y les hizo posible á los hombres pensar é instruirse en aquello que ellos hubiesen querido simplemente aceptar y creer.

Más tarde vino otro Mensajero como esos que he mencionado y trajo la alquimia, la cual dió nacimiento á la química; la astrología que estableció la astronomía; la medicina fué enseñada, y más tarde, los poderes vitales que pueden dominar las enfermedades tomaron el nombre de uno de Sus discípulos. La Logia Blanca, los Maestros-constructores, colocaron los cimientos de la moderna Europa, y enviaron allí artífices y aprendices para poder construir el nuevo Templo del pensamiento y civilización modernos. Los grandes Seres no han abandonado el mundo de Sus simpatías, dejándolo de su mano; aun cuando Ellos no se hayan rozado mucho con los hombres, no á causa de que Su amor haya venido á menos, no porque Su poder se halla debilitado, sino porque en el desarrollo del intelecto por propia aserción, no había campo para Ellos en las mentes y corazones modernos.

La historia de los Mensajeros de la gran Logia Blanca, durante muchos siglos de los anales europeos, es una sucesión de persecuciones, torturas y odios en todas sus formas. Cada uno de los amantes de la humanidad que vino á Europa con una misión de la Luz traía su vida vendida. Si preguntáis por qué los grandes Maestros no vienen, mirad las hogueras que encendió la Inquisición; contemplad las mazmorras que la Inquisición construyó; ved á Copérnico manteniendo sus conocimientos hasta caer en su lecho de muerte; mirad á Giordano Bruno sosteniendo sus aseveraciones hasta exhalar su último aliento en el Campo de las Flores, en Roma; ved á Galileo puesto á la fuerza de hinojos y compelido á negar la verdad que él conocía; Mensajero tras Mensajero vinieron y encontraron tan solo la tortura y la muerte; Mensajero tras Mensajero encontraron más tarde el infortunio y el ostracismo social. Tomad el más reciente de ellos, aquella noble mujer, Elena Petrovna Blavatsky; renunció á su alto rango, se despojó de sus riquezas y abandonó su patria para recorrer todos los ámbitos de la tierra en busca de su Maestro; hubo de encontrarlo, bebió de Su sabiduría y tornó al mundo moderno con

sus manos llenas con los tesoros de la Antigua Sabiduría. ¿Cómo la recompensaron? Estigmatizándola como embustera y fraudulenta; no se la creyó, fué escarnecida, calumniada y ultrajada, hasta que aquel corazón enérgico fué destrozado y aquel cuerpo de templado acero saltó en pedazos.

Con tales antecedentes, con la vergüenza de tan brutal tratamiento que aun vive en nuestro recuerdo, esperamos aun la llegada del Supremo Mensajero de la Logia Blanca; no es este uno de los de menor importancia entre ellos, no uno de sus discípulos fieles y devotos, no uno de aquellos que se manifiestan al mundo porque así les es ordenado por sus Superiores; sinó Aquel á quien nadie puede decirle «Id»; pero en cuyo corazón siempre alienta el «Quiero ir»,—el Maestro Supremo, el Gran Rishi, el Bodhisatva, el Señor Maitreya, el que va á ser el bendito Buddha. Nosotros que conocemos algo de la vida oculta, nosotros que por nuestros propios conocimientos damos fé de que Él vive en nuestro mundo, estamos esperando Su venida. Las escarpadas cumbres de los Himalayas repiten ya el eco de los pasos que las huellan, descendiendo al mundo de los hombres. Allí se encuentra Él, á pie firme, aguardando que suene Su hora; allí se encuentra Él, contemplando con amorosa mirada al mundo que lo rechazó en otro tiempo y que pudiera ser lo repudiase nuevamente; allí esperará Él hasta que la madurez del tiempo haya llegado á su plenitud; hasta que sus Mensajeros proclamen su advenimiento y, hasta cierto punto, hayan preparado las naciones para su llegada.

Ya entre los pueblos de la tierra se advierte el silencio de la expectativa; ya desde muchos púlpitos del mundo occidental se ha oído el clamor en demanda de un gran Maestro espiritual, quien modelará las religiones del mundo en una vasta síntesis y difundirá la verdadera Fraternidad entre los hombres. Ya el corazón del mundo palpita de esperanza; ya el ánimo del mundo comienza á manifestarse alerta, y antes de que hayan pasado sobre nosotros muchísimos años rodando hacia el pasado; en un futuro que se halla cercano, contado por nuestros años mortales, se elevará un grito de la humanidad aclamando á Aquel cuyos oídos nunca han sido sordos, á Aquel cuyo corazón nunca se ha cerrado contra el mundo que Él ama. Se levantará el grito de: «Oh

Maestro de la gran Logia Blanca, Señor de las Religiones del mundo, bajad nuevamente á la tierra, que necesita de Vuestra ayuda; auxiliad á las Naciones que están ansiando Vuestra presencia. Pronunciad la Palabra de Paz que hará que los pueblos cesen en sus contiendas; pronunciad la Palabra de Fraternidad que hará que cesen las disenciones entre las clases y las castas y que se reconozcan como una sola. Venid con el poder de Vuestro amor, venid con el esplendor de Vuestro poder y salvad al mundo que está ansiando Vuestra venida, la de Vos, que sois el Maestro tanto de los Dioses como de los hombres».

ANNIE BESANT

*
* * *

DOS CARTAS DEL MAESTRO K. H.

Artículo de C. Jinarajadasa, teosofista entusiasta y uno de los más jóvenes obreros de la causa. Nació en Ceilán en la rama Sinnalesa de la raza Inda. Estudió en Inglaterra leyes é idiomas donde se graduó en Cambridge en 1900. En 1902 trabajó por la causa teosófica en Italia y 1904 se vino á América, donde trabaja para la Sección General. Es orador eminente y conferencista asíduo. Su principal estudio son las religiones comparadas:

ENTRE la vasta literatura Teosófica se encuentran algunas joyas que serán siempre de inapreciable valor para todas las generaciones venideras.

Como una de las primeras están las cartas de los Maestros publicadas en el *Mundo Oculto* y en *El Teosofista*. Dos del Maestro K. H. fueron publicadas en *El Teosofista* de enero de 1908 y aquí las reproducimos de nuevo para que todos los miembros de la Sección Americana las puedan leer.

El depositario de ellas fué Mr. C. W. Leadbeater y las recibió en el año 1884. Aunque de esto hace ya tanto tiempo, nadie más que él y Madame Blavatsky conocían su contenido hasta el año 1907.

Durante los años 1889 á 1900, cada vez que yo registraba los papeles privados de Mr. Leadbeater, veía siempre las cubiertas; había una de ellas envuelta en un sobre de papel de arroz largo y oblongo, con grandes signos tibetanos en rojo; era por cierto la segunda carta, que yo contemplaba con mezcla de curiosidad y de pavor, por tratarse de una reliquia de aquella edad de los fenómenos, que anunció el primer movimiento Teosófico.

Como conocía su procedencia, las trataba con respeto colocándolas de nuevo entre los demás papeles. En noviembre de 1907 en Harrogate, Inglaterra, tuve de nuevo la oportunidad de repasarlas, y no fué sino hasta entonces que una tercera persona las leyó por primera vez.

Impuesta Mrs. Besant de su gran importancia para los aspirantes les dió publicidad en *El Teosofista*, autorizada por mister Leadbeater y con el debido permiso del Maestro K. H. Solamente después de algunas declaraciones y comentarios se puede comprender el completo alcance de las observaciones del Maestro; y afortunadamente, en el segundo tomo de la Vida Interna de Mr. Leadbeater, Él narra los acontecimientos hasta el incidente de las cartas.

He aquí sus propias palabras:

La primera noticia acerca de la Teosofía que tuve en mi vida, fué por medio de una copia de segunda mano, del Mundo Oculto, de Mr. Sinnett; pero mi primera comunicación con uno de los Maestros la obtuve de manera muy singular.

Algunos años antes de esto yo estudiaba espiritismo y en esa investigación llegué á estar en contacto con la mayor parte de los médiums del día, presenciando más ó menos todos los fenómenos de que hablan los libros sobre este asunto. Mr. Englington tenía varios «gobernados»; uno era una india piel roja que se decía llamar Daisy y que charlaba con fogosidad cuando se presentaba la ocasión ó cuando no se presentaba. Otro era un árabe llamado Abdulah que medía más de seis pies de altura, y que jamás decía palabra, pero que producía admirables fenómenos y á menudo se exhibía demostrando gran fuerza.

Yo le ví levantar simultáneamente dos hombres pesados uno en cada mano. Un tercer controll «gobernado» que aparecía amenuado, era Ernesto; pocas veces se materializaba; pero frecuentemente hablaba con voz directa y escribía con letra característica y distinguida. Un día, conversando con él, se dijo algo de los Maestros de Sabiduría, de los cuales habló con la más profunda reverencia; dijo que varias veces había disfrutado el privilegio de verlos. Yo inquirí al momento si podría hacerse cargo de llevarles una carta ó un mensaje; me contestó que lo haría gustoso entregándolo tan pronto como tuviese oportunidad, pero que no

podía asegurar exactamente cuando sería eso. Yo acepté de lleno el ofrecimiento de Ernesto. Le dije que escribiría una carta á uno de estos Grandes Maestros y se la confiaría á él si mi amigo é instructor Mr. Sinnett se demostraba de acuerdo. Al nombrar yo á Sinnett, los mal llamados *espíritus* se perturbaron y molestaron mucho. Daisy, sobre todo, se enojó y dijo que no quería tener nada que ver con Mr. Sinnett; icómo, si él nos llama *fantasmas!* dijo indignada. Sin embargo yo me mantuve firme en mi opinión de que, como lo que sabía de Teosofía se lo debía á Mister Sinnett, jamás haría nada á hurtadillas de él, ni buscaría otro medio de comunicarme con los Maestros sin antes consultárselo. Después de mucho batallar consintieron los *fantasmas* y se concluyó la sesión. Cuando Englinton volvió de su éxtasis, yo le pregunté de qué manera podía enviar mi carta, contestándome al momento que si yo se la entregaba la pondría en cierta caja colgada de la pared y que de allí Ernesto la tomaría cuando á bien tuviera. En seguida busqué á Mr. Sinnett, le conté lo ocurrido y desde un principio él se interesó mucho y me aconsejó que aceptara el ofrecimiento, y que esperase luego el desarrollo de los acontecimientos. Así lo hice: me fuí á casa y escribí tres cartas.

La primera al Maestro K. H. diciéndole con toda reverencia que desde que yo había oído hablar de Teosofía, mi único deseo era ponerme á sus órdenes como discípulo. Le conté las circunstancias de mi vida en aquel entonces, y le pregunté si era absolutamente necesario que los siete años de prueba, de los cuales yo había oído hablar, se pasaran en la India. Esta carta la puse en un pequeño sobre, la sellé con mi propio sello y la metí dentro de otra carta para Ernesto, en la que le recordaba su promesa y le pedía que llevara á su destino mi mensaje y me trajera la contestación, si acaso llegara alguna. Esta segunda misiva la sellé de igual modo que la primera, la coloqué dentro de una para Englinton, en la que le rogaba la pusiera en su caja y me avisara el resultado. Pedí á un amigo, que estaba presente, que examinara los sellos de ambas cartas con microscopio, de manera que si las volviésemos á ver pudiéramos distinguir si habían sido manipuladas.

A vuelta de correo tuve contestación de Englinton diciendo que había colocado la carta para Ernesto en la caja, y que inme-

diatamente había desaparecido. Me aseguraba también, que, al momento de recibir la contestación para mí, la enviaría; pocos días después me llegó una carta escrita en letra desconocida y al abrirla hallé que era mi carta á Ernesto, cerrada. El nombre de Ernesto lo habían borrado y el mío estaba escrito debajo con lápiz.

Mi amigo y yo examinamos de nuevo el sello con el microscopio y no pudimos observar en él rastro alguno que indicara que había sido roto, llegando ambos á la conclusión de que era enteramente imposible que nadie la hubiese abierto. Sin embargo, al romper el sobre, descubrí que mi carta al Maestro había desaparecido. Todo lo que hallé dentro fué mi propia carta á Ernesto con unas pocas palabras, en la letra de él, que yo conocía tan bien, en que me decía que mi misiva había sido entregada al Gran Maestro y que si en lo venidero yo fuere conceptuado digno de recibir alguna contestación, Ernesto me la traería gustoso. Esperé algunos meses, pero no me llegó contestación alguna. Cada vez que asistía á las *séances* de Englington y aparecía Ernesto, yo le preguntaba; cuándo será posible obtener contestación? Invariablemente me contestaba que mi carta había sido entregada; pero que nada se le había comunicado aún á cerca de la contestación, y que ya él no podía hacer *nada más* sobre el particular.

Al cabo de seis meses tuve mi deseada respuesta, pero no por medio de Ernesto. En élla el Maestro me decía que aunque no había recibido mi carta, ni era probable que la hubiese recibido nunca dada la naturaleza del Mensajero, él estaba al tanto del contenido de dicha carta sobre la cual ahora contestaba.

Me decía que los primeros siete años de prueba bien podían ser transcurridos en cualquier parte del mundo; pero que él me sugería la idea de venir á la India por unos pocos meses á ver si podía trabajar con el báculo de la Sociedad en el Cuartel General.

La contestación, ó sea la carta del Maestro, me fué entregada el 31 de octubre de 1884, en la forma usual por correo, en una cubierta con estampilla corriente, y sin ninguna particularidad que la distinguiera en su exterior de las demás.

Pero su contenido era de dos pliegos de carta común, sobre los cuales, trazado en caracteres precipitados y en lápiz azul, corría el siguiente mensaje:»

LA PRIMERA CARTA

«En la primavera pasada usted me escribió una carta y se la confió á Ernesto. Aunque el papel nunca llegó á mis manos, ni era probable que llegara, dada la naturaleza del mensajero, su contenido sí me llegó. No la contesté entonces sino que le envié un aviso con Upasika (H. P. B).

Su mensaje decía que después de haber leído el Budismo Esotérico é Isis, su gran deseo era ponerse á mis órdenes como chela para aprender á conocer «mejor la verdad». Usted continúa diciendo que, según lo que Mister Sinett le ha explicado, es imposible ser chela sin ir á la India, y que este viaje lo esperaba poder llevar á cabo dentro de unos años, pero que por el momento no podía alejarse de su patria porque lazos indisolubles de simpatía se lo impedían.

Voy á contestarle á ésta y la anterior pregunta.

1^o—No considero de rigor la necesidad de trasladarse á la India para los siete años de prueba. En cualquier parte del mundo puede pasarlos un chela.

2^o—No depende de mi voluntad propia, el que acepte ó nó á un hombre como chela probatorio. Depende exclusivamente del propio mérito y del esfuerzo personal de cada ser. Obligue á cualquier Maestro que usted escoja, haciendo buenas acciones en su nombre y por el amor á la humanidad; sea puro y firme en el sendero de rectitud (como lo indican nuestras reglas), sea honrado y generoso. Olvídese de sí mismo para recordar las bondades de los demás y, de esta manera, por fuerza, el Maestro lo aceptará como discípulo.

Esto concierne á los candidatos durante los períodos de tranquilo progreso de la Sociedad Teosófica.

Hay sin embargo algo más que hacer cuando la Teosofía ó sea la causa de la verdad se halla como en los actuales momentos,—suspensa entre la vida y la muerte ante el tribunal de la opinión pública—el más petulante, cruel, prevenido é injusto de todos los tribunales.

También hay que tomar en cuenta el karma colectivo de la casta á que usted pertenece. Es innegable que esta causa tan allegada á su corazón, sufre ahora las negras intrigas y bajas

conspiraciones del Clero Cristiano y de los misioneros, en contra de la Sociedad Teosófica. Para desprestigiar la reputación de sus Fundadores no se detendrán ellos ante ningún obstáculo.

¿Quiere usted acaso expiar los pecados de ellos? Entonces váyase á Adyar por unos pocos meses. Los lazos de gratitud no se romperán, ni siquiera se debilitarán con unos pocos meses de ausencia, si el paso lo explica usted después satisfactoriamente.

Aquél que quiere acortar los años de prueba tiene que sacrificarse por la Teosofía; empujada hacia el borde de un abismo por manos malvadas, la Sociedad Teosófica necesita la ayuda de cada hombre y de cada mujer valerosos en la causa de la verdad. Es por medio de nobles labores y no sólo por medio de buenos propósitos como se cosecha el fruto de las acciones meritorias.

A ejemplo del hombre veraz de Carlyle á quien no seduce el *confort*, así también los halagos que se ofrecen al corazón de un verdadero chela durante las horas de prueba, son dificultad, abnegación, martirio y muerte.

Usted me pregunta: ¿Qué reglas debo observar durante esta época de prueba y cuándo puedo aventurarme á la esperanza de comenzar? Yo le contesto: Usted tiene en sus propias manos la manera de formar su futuro, como se lo he demostrado ya, y cada día va usted tejiendo el hilo del mañana.

Si yo le obligara á hacer esto ó aquello en vez de aconsejarle simplemente, me haría responsable á conciencia, de todo el efecto que produzca ese paso que usted da, y el mérito que usted alcanzaría sería apenas secundario. Medite sobre este punto y verá cuán real es. Por lo tanto, deposite su suerte en el regazo de la justicia sin jamás temer, y la respuesta será absolutamente verdadera.

El Chelado es un grado probatorio y educativo y es el chela solamente el que puede resolver si acabará en adepto ó en fracaso. Por una idea errada de nuestro sistema hay chelas que pierden tiempo precioso, por esperar órdenes, en vez de aprovecharlo en esfuerzo personal.

Nuestra causa necesita misioneros, devotos, agentes y aún mártires; pero no puede exigir de ningún ser que se convierta en ambas cosas á la vez. Así, pues, escoja... empuñe su propio destino, y que la Memoria del señor Tathagata lo ayude á resolver lo que convenga mejor. (f) K. H.

Varias frases de esta carta del Maestro necesitan comentarse y tal vez solamente lo puede hacer quien se halle muy al tanto de los episodios de la vida de Mr. Leadbeater. Como él lo menciona, envió su carta al Maestro por medio de Ernesto, ignorando entonces de que un fantasma por más bien intencionado que fuese, jamás tendría cabida entre los miembros de la Gran Fraternidad. Así es, que teniendo en cuenta la naturaleza del mensajero, como tan suavemente lo indica el Maestro, dicha carta nunca llegó á su destino. Más tarde, se supo por el mismo Maestro que Él se había impuesto de su contenido leyendo la carta cuando Leadbeater la escribía. En aquel entonces, él hacía experimentos con el espiritismo, interesándose mucho en los fenómenos; pero sin comprender, por supuesto, los peligros que afrontaba en aquellas investigaciones. Aunque el Maestro no mandó inmediatamente su respuesta, por medio de Upasika (H. P. B.), le previno que tuviera cautela con respecto á dichas investigaciones espiritistas.

Diffícil es juzgar el motivo por el cual no se le contestó inmediatamente; pero conociendo el estudio del Ocultismo, en general, se podría suponer que una de las razones de la demora del Maestro fué sin duda la convicción de que, después de unos meses de estudios teosóficos y de experimentos, Mr. Leadbeater estaría mejor preparado para comprender la trascendencia de la respuesta.

En 1884, los únicos libros teosóficos publicados eran «Isis sin velo», «El Mundo Oculto» y «Budismo Esotérico». Mr. Leadbeater los conocía todos y de su lectura infirió la posibilidad del chelado así como de las preguntas hechas al Maestro sobre el particular. La respuesta es contundente. 1º «No necesita que sea la India», como lo creían los primeros estudiantes, entre ellos Mr. Sinnett, donde pase el chela su tiempo de noviciado... y 2º, que para aceptar aspirantes novicios los Maestros no obran arbitrariamente sino que siguen ciertas reglas ocultas. Mr. Leadbeater había estado íntimamente ligado por lazos de afecto y de gratitud al Maestro en vidas anteriores; sin embargo parece que cuando una conexión oculta vuelve á establecerse, el Maestro no puede demostrar ningún favoritismo. Ambos operan bajo leyes kármicas; y el Maestro jamás rechaza al novicio cuando el que se ha hecho digno llena todos los requisitos.

Después de explicar como un chela debe obligar al Maestro á aceptarlo llevando á cabo buenas obras «en su nombre y por amor á la humanidad», Él indica como aún en otras circunstancias hay algo más que hacer.

Como todos sabemos, la S. T. ha estado desde su fundación bajo la tutela especial de los Maestros M. y K. H. En el año 1884 se le hizo un ataque terrible con la intención de destruirla. Madame Blavatsky fué acusada por un empleado despedido, de fraude al producir fenómenos, y los cargos los hizo un cierto misionero cristiano de Madras publicándolos por medio de la prensa. Muchos amigos de la Sociedad y de sus Fundadores desertaron, y cuando se entabló el juicio, pocos se mantuvieron firmes y leales.

Mister Leadbeater, como sacerdote de la iglesia de Inglaterra, estaba karmicamente asociado al ataque hecho á la Sociedad por representantes oficiales del cristianismo, ó sean los misioneros; y si aún él persistía en hacerse chela, tenía que expiar el golpe dirigido á los Maestros, aunque no fuere asestado por él sino por su clase, por sus hermanos de hábito, quienes «empujaron al borde de un abismo á la Sociedad».

Interesante resulta tomar nota de que el Maestro cita á Carlyle, pues las gentes que oyen hablar de los Maestros imaginan amenudo que están recluidos en algún ventisquero del Himalaya meditando en Parabrahma; pocos saben que sus grandes Hermanos Mayores se hallan al tanto del más pequeño movimiento mundial. El Maestro K. H., como se puede leer en la Vida Interna, es el guardián de la biblioteca y del museo de la Gran Hermandad, y su conocimiento de la literatura de Occidente tiene que ser notorio para aquellos que leyeron sus cartas en el Mundo Oculto.

Un punto hay en la carta de sumo interés, y yo no lo pude entender sino hasta después de haber leído «Las vidas de Alcione».

El párrafo sorprendente al final es el que dice: «que la memoria del señor Tathagata lo ayude á resolver lo que más convenga». ¿Por qué había el Maestro de dirigir estas palabras á un sacerdote cristiano? Mr. Leadbeater en 1884 era aún un sacerdote oficiante de la Iglesia de Inglaterra, y hasta después de llegar á la

India, en Ceylan, no se afilió formalmente á la religión del Tathagata (Buddha). ¿Cuál era entonces el alcance de estas palabras á la Memoria de Nuestro Señor Tathagata? De las vidas de Alcione se desprende que Mr. Leadbeater era uno de aquellos que en pasadas vidas estuvo bajo la influencia del Buddha, en algunas de sus encarnaciones antes de llegar á ser Buddha, y bien se comprende cómo un alma que se rinde alguna vez al influjo de ese admirable Poder, es imposible que lo olvide. Aunque personalmente mister Leadbeater fuere sacerdote cristiano, con un escaso conocimiento de Teosoffa, como alma, como individualidad, tenía un conocimiento mucho más perfecto sabiendo donde estaba el Sendero.

Llegaba el instante crítico de su vida: ó poner su renuncia ó no ponerla. El Maestro lo quería para trabajar en su obra y sin embargo no le podía ordenar que viniera. Él conocía el antiguo enlace, el eslabón, y para despertar la intuición de Leadbeater, no podía existir mejor vivificador que «La Memoria de Nuestro Señor Tathagata». Vamos á transcribir las propias palabras de Mr. Leadbeater en la «Vida Interna» para saber qué hizo después de recibir la carta. «En contestación á esta carta yo quise decirle que eran tales por el momento mis circunstancias, que se me hacía imposible ir á Adyar por tres meses para luego regresar al trabajo que entonces tenía entre manos; pero que yo estaba enteramente resuelto á dejar del todo mi trabajo para dedicar mi vida por entero á Su Servicio». Como las gestiones con Ernesto habían resultado ser un fracaso, se me ocurría que el único medio bueno para enviar la misiva era Madame Blavatsky la cual partía al día siguiente para la India; salí precipitadamente á Londres para verla, y mucho trabajo me costó convencerla que leyera la carta, pues me aseguró que dichas comunicaciones son siempre reservadas exclusivamente para el destinatario. Después de leerla me preguntó qué deseaba yo responderle al Maestro. Le dije lo que arriba dejo transcrito, y le pedí me indicara el modo como esa misiva podría llegarle. Ella me replicó que ya Él lo sabía, refiriéndose por supuesto á esa cercana relación en que ella se encontraba siempre con Él, de manera que lo que estaba en su conciencia estaba también en la de Él, siempre que Él lo quisiera así.

Me pidió luego M. B. que permaneciera á su lado y que bajo ningún pretexto la dejara. Pacientemente aguardé toda la